

La Escritura poética de Mario Benedetti, pilar esencial del Humanismo Solidario

Albert Torés

La primera vez que oigo hablar de Mario Benedetti es en 1975 a través de Rodolfo Parada, miembro de la mítica banda chilena Quilapayún. Rodolfo músico y cancionero excepcional, también nombrado Caballero de Artes y Letras en Francia es el responsable de Quilapayún en Francia. Entonces, me dijo en tono interrogativo:

“¿Sabías que Mario Benedetti vivió en Paris en 1966 trabajando como traductor y locutor para la ORTF (radio y televisión de Francia)?”.

Como consecuencia de ello, pude leer en una edición de la editorial argentina “Sando”, *Poemas de la oficina*. En este primer contacto temprano con la escritura de Mario Benedetti, mi fascinación fue absoluta. A la postre, casi un centenar de libros traducidos a 25 idiomas en géneros tan distintos como la poesía, novela, teatro, cuento, ensayo, crítica o periodismo conformarán con más fundamento mi admiración por la obra de Mario Benedetti. Es el poeta fundador de uno de los principios básicos del humanismo solidario: la esperanza y la interdisciplinaria. El poema “Sueldo” de *Poemas de la oficina* nos redefine de modo permanente: “*Aquella esperanza que cabía en un dedal, / aquella alta vereda junto al barro, / aquel ir y venir del sueño*”.

La segunda vez que tuve la fortuna de acercarme al magistral escritor uruguayo fue en Palma de Mallorca en 1980. Entonces un servidor aparecía en revistas de cotilleo por el único hecho de estar ennoviado con una chica extraordinaria que ganó por dos veces aquel concurso de baile, “La juventud baila” en el marco del programa de televisión “Aplausos”. Reconocí al poeta y contra mi costumbre me acerqué solo para saludarle y transmitirle mi admiración. De inmediato, adquirí un ejemplar de *Inventario* de la Editorial Nueva Imagen, México, 1978. Con el poemario *La casa y el ladrillo*, destacaba la esperanza como eje articulador de quién supo que la ideología y la belleza estética debían ir de la mano:

...tenemos que encontrarnos cada uno/ somos el contiguo de otro/ en las junturas quedará la historia/ de una buena esperanza remendada...

...ya ni los niños sueñan despiertos y benignos/ en los ojos abiertos llevan el alfabeto/ la a de ansiedad la b de bronca/ la c de caos la d de descalabro/ la e de esperanza la f de futuro...

*...los mediadores entre vida y sombra/ ya no prometen y se deshabitan/ de esperanzas que embriagan...
-...tuvo esperanzas mi ciudad/ y no fueron delirios petrificados/ ni profecías en alta voz/ eran tan sólo sueños razonables/ robustos como axiomas o albañiles.*

La escritura en todas sus tensiones y pretensiones, fases y desfases, creencias y

descreencias, la esperanza trazando dudas, abandonos, harapos, desempleos, frustraciones, conatos, pavores, cábalas, utopías, en suma una esperanza de teoría y práctica, espejos y sombras y referencias a las que nos agarramos cuando nos confiscan la palabra: “*Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo para mostrar al mundo cómo era su casa*”, nos apunta Bertolt Brecht, pero con mayor nitidez el poeta Benedetti nos los expresa en su dedicatoria: “A los que adentro y afuera viven y se desviven mueren y se desmueren” Fue un verano inolvidable cuyo recuerdo supera con creces cualquier relato.

La tercera vez que me crucé en el camino de Mario Benedetti fue en Málaga, en 1988, porque el Centro Cultural de la Generación del 27 lo invitó y con ello solidificó los principios de un soberbio periodo de creatividad que bañaba y sigue iluminando Málaga. Del mismo modo que la vigencia literaria de Mario Benedetti es innegable. La poesía de manera general no suele ser un fenómeno de masas, al menos en la perspectiva de la sincronía, pero desde el ángulo de la diacronía no queda ningún lugar para la duda. La poesía de Benedetti es recitada en cualquier rincón del mundo, año tras año, como los grandes de la poesía se van reeditando libros y se convierte en fenómeno de masas en el intervalo del tiempo. La escritura de Mario Benedetti encarna a la perfección la figura del escritor comprometido contra esa tendencia a considerar la literatura comprometida como una forma literaria que la crítica debe ignorar porque la lapida como literatura panfletaria, cuando paradójicamente el compromiso del escritor es principio fundador de la propia literatura. El compromiso en literatura no puede reducirse en arquetipos simplificados sino debe buscar la especificidad de una escritura que trata de cambiar el curso de las injusticias en la historia y a la vez conservando la libertad creadora. La situación de dependencia cuando no de subdesarrollo de la América Latina en las décadas de los 50, 60, 70 incluso 80 empuja a muchos artistas, entre ellos, Benedetti, a participar en la liberación de países sometidos económicamente, políticamente, socialmente y hasta culturalmente a la vieja Europa y los nuevos Estados Unidos. El anhelo, a través de la literatura y del arte, por construir una sociedad más justa y más libre es la savia de gran parte del arte. Mario Benedetti compromete vida y obra, libertad colectiva e individual, logrando una obra literaria repleta de ideas, hallazgos, imaginación y creación, un proyecto literario contunado que persigue la liberación social, ciertamente, pero conciliando ética y estética. El resultado, a nuestro modesto entender, es sencillamente incuestionable, un trabajo de búsqueda profunda, diversidad temática y formal que es modelo referente para generaciones varias.

Personalmente, por diversas razones, la experiencia del exilio que deja profundas huellas en toda su obra es la que más me fascina. El principio de acción está en la paradoja cuando no en la antítesis, así por ejemplo, veremos poemarios como *Viento del exilio* (1981) y ensayos como *El desexilio y otras conjeturas* (1984), un recurso que extiende a la propia titulación de las obras, probablemente porque “*cuándo creo de veras lo que digo creer/ así en tu omnipresencia como en mi soledad/ así en la tierra como en el cielo/ siempre/ estaré más seguro de la tierra que piso/ que del cielo intratable que me ignora*”. En cierta manera, como Benedetti nos hacemos

deudor del verso de César Vallejo (Hoy me gusta la vida mucho menos, pero siempre me gusta vivir...). Estilísticamente Benedetti es directo, sentimental, claro, lúdico, irónico, combativo, humanista, solidario, universal, extraordinariamente fecundo, “reivindicando con amor esas vidas incrustadas en la monotonía de la rutina, de heroísmo discreto, que van puntualmente a la oficina”, como nos dijo su tocayo Mario Vargas Llosa. En efecto, la escritura de Benedetti atestigua el polivalente aspecto de su autor. Una voz propia en la que cualquier clasificación genérica sería lisa y llanamente traicionar sus textos. A modo de ejemplo, pienso en uno de sus primeros libros (1953), *¿Quién de nosotros?*, a medio camino entre el cuento y la novela, relato a tres voces, dos hombres y una mujer cuya intriga reposa en la historia de ese triángulo amoroso, a través del cual se explota todo un juego y cuestionamiento sobre la enunciación, la palabra y el lenguaje. Lo vivido de los tres personajes se aborda desde tres puntos de vista diferentes, los narradores escogen tres formas de escritura totalmente distintas, a saber, el diario íntimo, la epístola y el relato en tercera persona. Cada uno expresará sus emociones con respecto a un mismo momento con el objetivo de mostrar hasta qué punto la personalidad de un individuo puede modificar la simplicidad de una situación. Por tanto, se confirma desde el principio la belleza de sus obras, la finura psicológica, el estilo sutil, el desvelar todo su arte por y para la escritura, en suma, una poesía de los sentimientos que aflora mediante la profundidad de la reflexión sobre el despecho amoroso, el amor, el borrado de sí mismo, incluso la culpabilidad o la ambigüedad de la expresión que nos brinda un texto rico en interpretaciones, cuya complejidad es subrayada por la confusión y mezcla de situaciones y de nuevo el acto y el reflejo, el espejo y su antónimo, la realidad y desrealidad. Una obra que parece apoyarse en el problema de la construcción del relato como una pieza de teatro y de la manipulación de los personajes. Es el gran aporte a la literatura de Benedetti, esta novela en concreto y toda su obra en general, se dirigen tanto a un público muy diverso como a un lector interesado y puede leerse tanto el marco del placer como en la esfera didáctica, recordando así la proximidad entre realidad y literatura. Si el humanismo solidario es deudor de Mario Benedetti, también lo es la poesía de la experiencia, en la medida en que Benedetti siempre ha insistido sobre el raigambre del discurso ficticio en las formas de la experiencia, personal o social. Un sólido vínculo entre lo imaginario y el universo en el que se materializa una ética que da no tanto el sentido como la razón de ser del trabajo de escritor. Una preocupación que personalmente comparto con el extraordinario escritor Benedetti, tal es el papel del pensamiento en la sociedad, el lugar del escritor en lo que se entiende como acción revolucionario, también las relaciones entre la cultura y la política. La voluntad de transformar estructuras económicas, sociales y políticas pero también una nueva manera de aprehender el mundo en el plano de la creación literaria. En definitiva, esa doble premisa que ya planteó el pionero del surrealismo André Breton, “transformar el mundo, dijo Marx; cambiar la vida, dijo Rimbaud: para nosotros estas dos consignas son una sola”. Por si fuera poco, Benedetti es en todo caso un escritor que ha puesto en coherencia y en acuerdo sus actos y sus convicciones. Desde aquellos encuentros con Mario Benedetti voy silbando despacito y hasta hago bromas con los funcionarios de emigración o desintegración, y sobre todo lo tengo como autor de cabecera, pero “*Debo apurarme porque hay tantas cosas/ recuperar el mar/ eso primero/ recuperar el mar desde una altura /y hallar toda la vida en cuatro olas/ gigantescas y tristes como sueños*”.

